
Tomás de Mattos

Nació en Montevideo en 1947. Es escritor y abogado. Ha publicado libros de cuentos y novelas, distinguidos con premios nacionales e internacionales. Entre las novelas, cabe destacar: *¡Bernabé, Bernabé!* (1989), *La fragata de las máscaras* (1996) y *La Puerta de la Misericordia* (2002). En reconocimiento a su trayectoria, la Fundación “B’nai B’rith” le confirió el Premio Fraternidad, en 1996; la Fundación “Lolita Rubial”, el Premio Morosoli, en 1997; y la Cámara Uruguaya del Libro, el Bartolomé Hidalgo, en 2001. Desde el año 2005, es director de la Biblioteca Nacional de Uruguay.

Entrevista con el escritor Tomás de Mattos

Convertir la máscara en rostro verdadero

MS: *Aunque quienes nos dedicamos a la literatura compartimos cierto escepticismo respecto a las categorías donde suelen ser instalados los textos literarios, vamos a hablar, convencionalmente de novelas históricas para referirnos a ¡Bernabé, Bernabé! y La Puerta de la Misericordia. ¿Cuál es el lugar de la historia y cuál el de la ficción en cada una de estas novelas?*

TM: Te diría que en todas mis novelas hay ficciones; en todas,

siempre hay un pre-texto. Me gusta jugar con los dos sentidos del término: es el pretexto, es decir, el motivo por el cual escribo, y por otro lado, es también el pre-texto, esto es, el guión. En estas novelas el pretexto –el motivo– es algo que me interesa vitalmente: el misterio. El Misterio, escrito con mayúscula, que es un conjunto de misterios. Puede ser un misterio laico –el sentido del universo, por ejemplo– y también puede ser un misterio de Dios; y en este último caso estaríamos hablando de la ética y de cómo – desde una perspectiva religiosa–

podemos ser felices. Se trata del misterio de la sabiduría, cómo discernir el bien y el mal y alcanzar la felicidad. Cuando escribí *¡Bernabé, Bernabé!*, la historia de Bernabé Rivera era, lisa y llanamente, un pretexto en el doble sentido de la palabra; sobre todo, era un pretexto para poder hablar de los hechos históricos recientes. Como abogado, siempre me impresionó, con respecto a los homicidas, los violentos, el hilo delgado que separa a cualquiera de nosotros de ese asesino. Pero también me sorprendió que, puestos en esa situación de reclusos y afrontando, por haber cometido delitos graves, un tiempo largo de prisión y una crisis existencial muy grande, casi nunca los acucia el remordimiento. Los acucia una fuerte sensación de desdicha y parecería que continúan odiando a la víctima. Esto me evoca la frase de Goya: “Los sueños de la razón engendran monstruos”. ¿Qué son estos “sueños de la razón”? ¿Significa que elucubramos teorías que justifican la atrocidad? ¿O es que, de alguna manera, se nos duerme la conciencia y se nos duerme la razón?

MS: *¿Se podría afirmar que ese es el tema central de ¡Bernabé, Bernabé!?*

TM: Cuando conocí la historia de Bernabé (aparte de que vi allí una novela ya escrita por la realidad, o

mejor dicho, una tragedia: un héroe que se precipita a la perdición en un acto totalmente absurdo, que persigue su propia muerte) me atrajo, en primer término, el hecho de que Bernabé Rivera fuera el último en aceptar la campaña contra los charrúas -dicho por Manuel Lavalleja, es decir, por alguien que no era afecto a los Rivera. Y la historia prueba también que Bernabé Rivera fue el último en abandonar esta campaña. Cuando ya todos la habían abandonado, él insistía en defender el interés de los hacendados, que en realidad fueron los que más presionaron para que se cometiera la masacre. ¡Pobres charrúas, estaban totalmente dispersos; ya no había malones de charrúas, no había ataques a la propiedad de los hacendados que podían asentarse libremente, y él siguió, sin embargo, persiguiendo los piquetes de fugitivos que habían tenido la osadía de quedarse en territorio uruguayo, que no se habían ido a Brasil ni a Argentina! Hay, también, una carta de Bernabé a la esposa, que me conmovió muchísimo. Él no conoce prácticamente a su segundo hijo y está en plena campaña. Le cuenta que ha salvado milagrosamente su vida, porque hubo una inundación y quedó rodeado de agua. Está muerto de frío; se queja de que los hacendados ya no le prestan caballos y los suyos están cansados. Sin

embargo, continúa con la persecución. Pero todavía queda un tema capital. Es una novela histórica porque trata de un personaje histórico muy querido por una gran colectividad política. Y don Frutos [Fructuoso Rivera], mucho más querido todavía. Por lo tanto, había que ser muy riguroso, no falsear la realidad, no cargar las tintas, ser lo más estricto posible en contar la verdad. Lo que más me interesaba era reflexionar sobre la verdad; por eso la novela tiene un estilo trágico, hay coros y parlamentos individuales, en escenas donde se discute sobre el sentido ético, sobre el sentido de la historia, y se va informando progresivamente. Tiene algo de novela policial porque un personaje, Josefina Péguy, investiga y valora, no para dirimir responsabilidades sino para saber la verdad. Y a este conocimiento de la verdad está ligado también el tema de la justicia. Otro aspecto de esta historia que siempre me atrajo es que esa atrocidad de Salsipuedes no fue percibida por nadie; no sólo por los que la cometieron, sino por ningún integrante de la sociedad uruguaya. Y hay muchísimos hechos que lo demuestran. Vamos a un ejemplo que puede dar lugar a dos interpretaciones: José Catalá, padre del fundador del departamento de Artigas, era en aquel momento receptor de rentas en Paysandú. Era un maestro de ideas liberales, que

quería implantar el recién creado método Lancaster en Montevideo; que había sido expulsado de Montevideo por sus actividades conspirativas con los rebeldes; que había recalado en el norte. Y permanentemente, durante estos años de exilio, le escribe cartas a Gabriel Pereira —pienso que por una común pertenencia a la masonería— donde sostiene que hay que acabar con el problema del indio. Formula, incluso, un programa para la instalación de internados para niños y niñas indígenas; pero los guerreros debían ser exterminados. Cuando termina el proceso, Catalá dice, en una carta curiosa: “le quitamos la cantinela a la oposición”, lo cual demuestra que también la oposición lo quería. Y ese no es, en verdad, un juicio de Catalá. Era Eugenio Garzón quien quería la gloria de haber solucionado el problema de los charrúas. Encargado por Rivera, él concretó la primera fase de la campaña, que consistió en sacar los saladeros que lucraban con los malones. Pensaba que al salir de circulación los saladeros, los charrúas no iban a tener a quien vender los cueros y así se solucionaría gran parte del problema. El otro hecho que indica claramente que la sociedad uruguaya de entonces no percibió la atrocidad de este homicidio, es el entierro que reciben los supuestos restos de Bernabé Rivera. Hace poco, se

publicó una foto del entierro de Diego Lamas. Cuenta Julio Herrera y Reissig que Carlos María Ramírez comentó el entierro en estos términos: “Creo que no ha tenido parangón en la historia salvo, por lo que me contaron mis padres, el de Bernabé Rivera”. Es decir que fue absolutamente masivo, el entierro de un héroe. Otra prueba es el homenaje que, bajo la presidencia de Oribe, se tributa a Bernabé Rivera, para quien se construye una tumba lujosa para las posibilidades económicas del gobierno. A mi juicio, insisto, el discernimiento del bien y el mal es un tema capital. Es muy dostoiévskiano, la idea central de *Crimen y castigo* y también del pensamiento de Sófocles: somos muy evolucionados en el conocimiento, pero no tenemos sabiduría. Y resulta que es en la sabiduría donde reside la felicidad; no en el conocimiento. Pienso que la búsqueda de la sabiduría ha sido sustituida por la de la eficiencia, que nos puede llevar, a quienes ocupamos un cargo, a cometer atrocidades, aunque sean mínimas. Conozco una profesora de francés que destruyó la vida de un alumno porque estaba encaprichada en no permitir que aprobara su materia. Y me consta que ese estudiante podría haber sido un profesional. Y el abogado que trabaja en una empresa y debe asumir la responsabilidad de un despido masivo por reducción de

personal, también corre el riesgo de cometer excesos, de cometer atrocidades. Este es, precisamente, el gran dilema que se plantea en *¡Bernabé, Bernabé!*.

MS: *Has dejado en claro que la ficción no sólo se nutre de la realidad, sino que también puede iluminarla. En La fragata de las máscaras los vínculos entre realidad y ficción son aún más intrincados. ¿No es así?*

TM: *La fragata de las máscaras es histórica en el sentido de que narra un hecho pasado, el amotinamiento de un grupo de esclavos en una fragata española, en el último año del siglo XVIII. Podría calificársela de novela histórica, pero es una glosa de un texto literario [el relato *Benito Cereno*, de Hermann Melville], que a su vez se basa en un hecho histórico, aunque se distancia de él porque el autor cambia los años, los lugares, el personaje principal. Pero también allí se plantea el tema de la búsqueda de la felicidad colectiva, de la búsqueda de la libertad, la micro-revolución. También en esa novela se expone un dilema ético. Me gusta trabajar con tríadas donde las relaciones entre los elementos son móviles. En el motín de *La fragata de las máscaras* hay tres líderes: un religioso, un militar y un científico. A veces, dos se alían y el tercero los enfrenta; por ejemplo, Babo y Mun son solidarios, mientras que Dago*

es totalmente individualista, al extremo de convertirse en desertor. También difieren en cuanto a la fe: Mun es religioso; Babo y Dago, escépticos e incrédulos. En una novela que empecé a escribir sobre José Pedro Varela, usé el mismo esquema de afinidades y oposiciones, referido a Varela, a Francisco Bauzá y a Carlos María Ramírez. En esa tríada hay dos anti-universitarios, Varela y Bauzá, y un universitario, Ramírez. Y al mismo tiempo, uno se mantiene fiel al Partido Colorado –Bauzá- y los otros dos, por el contrario, se tientan con el Partido Radical. Bauzá es católico; Ramírez y Varela, escépticos. Pero en un punto disienten los tres: Ramírez es afrancesado; Varela se inclina por la cultura anglosajona; Bauzá es latinoamericanista.

MS: *Creo que todos los temas que has expuesto –el discernimiento del bien y el mal, la diferencia entre conocimiento y sabiduría, las alianzas y disensiones entre individuos o grupos, los vínculos entre la realidad y la ficción- se despliegan en La Puerta de la Misericordia. ¿De qué modo te propusiste articularlos en esta novela?*

TM: En primer término, insisto en que para mí es crucial la idea de que, por nuestra finitud, estamos expuestos a ser culpables, y lo más terrible es no darnos cuenta de que

lo somos. Este aspecto está intrínsecamente unido a otro: ¿cuál es el camino de la sabiduría? ¿cuál es el camino del bien? La respuesta a estas preguntas reside en la figura de Jesús. Siempre dije, comparando la apuesta de Pascal con la mía, que prefiero la mía porque la de Pascal me parece inmoral. Pascal dice: si me equivoco y no hay Dios, lo que pierdo es una existencia efímera, pero si lo hay, gano una eternidad. Eso me parece una operación bursátil, e incluso, una operación tonta, porque si lo único que tengo es esto –la existencia efímera- voy a tratar de conservarlo, por lo menos. Me gusta Pascal porque plantea temas fundamentales, pero no concuerdo con esa apuesta. Yo también hago mi apuesta personal: yo pienso que Jesús es Dios, que es un hombre, un modelo ético paradigmático –el mayor de todos- detrás del cual está Dios porque Él es Dios, el Dios escondido. Pero si no lo es, no me importa, porque creo que no se pierde nada siguiéndolo; al contrario, Él es el camino hacia la felicidad. Una de las pocas convicciones que tengo en mi vida es que la felicidad no tiene nada que ver con el placer, necesariamente, ni con la alegría, ni con la placidez. Tiene que ver con una tranquilidad de conciencia drástica, radical, con perseguir metas nobles. Seguir a Jesús implica un desprendimiento, un desapego de mis posesiones. E

implica, además, que los medios que he tomado para alcanzar ese desapego son correctos, eficaces, no son ingenuos. La figura de Jesús ejerce sobre mí una atracción poderosa porque en la raíz de mi fe hay una gran paradoja. Para poder creer en Él totalmente, para poder decir que es mi paradigma humano, y al mismo tiempo, mi Dios y mi Señor, tenía que estar convencido que realmente Él había sido *enteramente* hombre y *enteramente* Dios. Y ese es un problema que me ha perturbado durante toda mi vida. Me alegra enormemente que en el siglo IV, de definiciones terribles de la Iglesia, se diga en el Concilio de Calcedonia: “enteramente humano, enteramente Dios”. Y qué bueno que el último Concilio lo haya repetido. Consideré esencial evitar la imagen del “showgod”, a quien la cruz no le produce ningún padecimiento, porque es Dios y no siente dolor como los humanos. Cuando uno lee el Evangelio, por el contrario, ve a un hombre que sufre, que sufre radicalmente. Y el discernimiento está vinculado con esto: ¿qué es lo más importante que comparte Jesús con nosotros, cuando dice San Pablo que es enteramente hombre, salvo en el pecado? Que no erró, porque teológicamente no podía errar. Es la vivencia de la autoridad. Él jamás podría decir “nosotros”, refiriéndose al Padre y a sí mismo; él no podría

decir “soy Dios”. Claro que hay momentos en que toca la divinidad, tiene una auto-vivencia de la divinidad, que es en la transfiguración; y después lo veremos en la resurrección, cuando aparece el Jesús resucitado. Pero en vida, la transfiguración es el único momento en que Jesús vive su divinidad. En todo lo demás es el siervo de Dios, el hijo de Dios, el hijo del Hombre, el siervo de Yahvé del cual habla Isaías. Sentí la necesidad de presentar a un Jesús que, desde mi perspectiva, no tenía la menor idea de la bomba atómica, ni de por qué era que curaba. Me interesaba mostrar a un individuo de carne y hueso que se va reconociendo, paulatinamente, Dios. Me parece fundamental que en el Evangelio, María tenga ya, desde el comienzo, el anuncio de que una espada le atravesará el corazón. Me decía a mí mismo, cuando escribía: “Sí, tú eres la madre del Mesías, este Mesías que yo esperé cuarenta años para poder verlo. Pero este Mesías que nosotros esperamos con tanta expectativa y que te elevará sobre todas las mujeres, este niño te causará un terrible sufrimiento”. Pienso con insistencia en el papel de María, a quien veo como maestra y ligada al misticismo. Porque creo en el misticismo y me asombran las coincidencias entre los místicos de diversas religiones, que siempre están en la periferia de la religión, o

son vistos como periféricos o relegados ulteriormente a la periferia. Los taoístas -campesinos de China-; los sufistas, que son derviches, gente mal vista por el propio Islam, que muchas veces los niega, y que han dado estupendas obras de misticismo. Y por supuesto, el misticismo cristiano de todas las épocas, pero con centro en los carmelitas y en los jesuitas; es decir, en Teresa de Ávila, en San Juan de la Cruz y en San Ignacio de Loyola, que son los que conozco. Y Jesús y todas las mujeres que aparecen en los Evangelios. Todos nos señalan que el camino hacia Dios es el desapego, que el camino a Dios, al Absoluto, es definitivamente el no ser. Los taoístas tienen una definición impresionante de Dios: el “no no ser”. No dicen que es el ser, sino la negación del no ser. Pero para llegar a esa negación del no ser, a lo que ellos gráficamente representaban como un punto rojo en un negro tenebroso, es preciso pasar por todo el camino del no ser. Y la noche de los sentidos de San Juan, quien no conocía el taoísmo chino ni el sufismo, sostiene exactamente el mismo proceso. Pienso que María debe de haber introducido a Jesús en ese misticismo. Debe de haber sido maestra y discípula de Jesús; maestra en la oración contemplativa, en la oración donde se llega a la experimentación de la presencia de

ese “no no ser”. En el Evangelio, Jesús está orando en todo momento, de una manera muy especial: nos enseña a rezar con el padrenuestro pero, fundamentalmente, siempre se retira. Se retira al desierto, a una montaña; a veces se lleva discípulos, como en la transfiguración, cuando elige a algunos. Toda vez que ora queda replegado en sí mismo; es una oración contemplativa. Y creo que en esa oración contemplativa está gran parte de la vida oculta de Jesús, donde él va experimentando la plenitud, pero donde, además, ésta le va revelando poco a poco -con esa didáctica propia de Dios- lo fundamental: Tú no eres sólo el Mesías sino que eres mi hijo, eres Dios como yo; pero tú te has hecho hombre para ser el siervo de Yahvé, y para que se cumplan en ti todas las profecías de Isaías.

MS: *Jesús, Hijo de Dios, es también Maestro. Dios le ha legado a su Hijo ese magisterio.*

TM: Me parece que una de las enseñanzas primordiales de Jesús es el respeto al misterio. Él y María están cómodos en su relación de alteridad: “He aquí la Esclava del Señor; hágase en mí según tu voluntad”. “Si es posible, aparta de mí este cáliz, pero hágase tu voluntad y no la mía”. Eso es admirable. Sentir que somos absolutamente deudores de Dios, no

acreadores. Otro aspecto que también me importa mucho. Disfruto leyendo la exégesis bíblica, los comentarios, porque están comentando la palabra revelada; pero me siento, muchas veces, incómodo leyendo obras teológicas, cuando veo la soberbia de los que se creen entendedores de Dios. El hombre podrá haber ido técnicamente al lado oscuro de la luna, pero Dios no es alcanzable como la luna. Dios está no a cien años luz, está a miles de años luz de todos nosotros, como dice Isaías. Dios es misterio; de modo que lo único que puedo hacer es seguir ese misterio, aceptarlo, gozarlo; y si hay que sufrir por ese misterio, sufriré. Pero es necesario reconocer esa condición de un Dios misterioso y que quiere serlo.

MS: *Otros escritores ya abordaron esta temática. Tú has mencionado a algunos de ellos varias veces, en entrevistas y charlas, y has insistido en la influencia que ejercen en tu pensamiento.*

TM: Es cierto. Quisiera hablar, en especial, de Dostoievski y de Melville. La posición ética de Melville me parece muchísimo mejor que la de Dostoievski, porque muchos personajes de Dostoievski afirman: “Si Dios no existe todo está permitido”. Melville, en cambio, dice: “Nunca sabremos si Dios existe o no existe. Si Dios existe o

no, es cuestión que la ciencia nunca dirimirá. Pero sí tengo la certeza - porque lo vemos con nuestros ojos - de que hay una lucha entre el barro y la estrella, y nosotros tenemos que tomar partido”. A mi juicio, eso resume perfectamente la ética de Jesús, la ética de la Biblia. Algún día quisiera escribir un artículo, tomando toda la línea “estoica” de la Biblia³⁴⁷. Cuando Samuel, en su niñez, oye la voz de Yahvé, cree que es su amo Elí quien lo llama y se presenta ante él diciéndole: “Aquí estoy, porque me has llamado”. Pero Elí le responde: “Yo no te he llamado; vuélvete a acostar”. El diálogo se repite tres veces, hasta que Elí comprende la situación y le advierte: “Vete y acuéstate, y si te llaman, dirás: ‘Habla Yahvé, que tu siervo escucha’” (1S 3-9). En ese momento se produce la alianza definitiva de Yahvé con Samuel. En todas las vocaciones sucede lo mismo: en el caso de Isaías, la respuesta del convocado es: “Aquí estoy”, y agrega “envíame”. Esta expresión “aquí estoy” se reitera cuando Isaías le anuncia al pueblo desterrado que habrá una nueva Sión, y repite las palabras de Yahvé: “Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día y comprenderá que yo soy el que decía ‘Aquí estoy’” (Is 52, 6). Con respecto a las palabras de Yahvé a Moisés, en el episodio de la zarza ardiente, Martin Buber subrayó -y lo subraya Zubiri para

otro pasaje- que en arameo hay un solo verbo que equivale a los españoles “ser” y “estar”. Por consiguiente, Buber sostiene que la auto-definición de Dios “Yo soy el que soy”, también podría traducirse como “Yo soy el que estoy”. Y Zubiri dice en un análisis de la transustanciación, refiriéndose a la eucaristía, que la fórmula de la Iglesia podría ser “porque aquí está mi Cuerpo”, no “porque éste es mi Cuerpo”. Lo que intento señalar en estos ejemplos es la ética del estar. Toda la vida de Jesús es estar: está con el hambriento, está con el enfermo, está con el preso, está con el humillado. El pecado es no estar. Ya me referí a la teoría de Melville. También aludí a la de Dostoievski. Puede decirse que él elabora la teoría del Dios escondido. Dios se esconde porque sólo es válido ser buenos si somos libres. El Creador nos hizo finitos para que nos construyamos buenos. Si Dios se nos mostrara, todos seríamos buenos; sería una creación mecánica. Pero Él quiere una creación paulatina, en desarrollo, con un alfa y un omega, un principio y un fin, una historia de la salvación. La primera idea de Dostoievski es esa: el bien vale si es un bien libre; y para que sea libre, Dios tiene que esconderse. En principio, Dostoievski piensa que el mal hace un doble jaque, a la omnipotencia de Dios o a su bondad. Esta reflexión del escritor ruso es fruto

de una dolorosa experiencia, la muerte de su hijo. Para él, la disyuntiva es: o Dios permitió que su hijo muriera, o no podía salvarlo. Y ninguna de las opciones coincide con la imagen del Dios omnipotente y misericordioso del que habla la ortodoxia rusa a la que él pertenecía. Hasta que al final se da cuenta de que Dios hace este mundo imperfecto –que sufre dolores de parto, como decía San Pablo- para darnos el enorme rol de copartícipes en la creación. Eso me conmueve; nos vamos haciendo buenos estando donde debemos estar, a pesar de que suframos, de que nos cueste el cuestionamiento de mucha gente. Me importaba mucho que la novela terminara con una situación ética.

MS: *Mi pregunta atiende ahora, preferentemente, a lo literario. En La Puerta de la Misericordia hay un Jesús socrático, también un Jesús hermeneuta, en particular porque interpreta la actitud de los otros sujetos, y la somete a su historicidad. No hay un solo juicio para cada conducta, sino que todo depende de las intenciones. Hay también, en la novela, un Jesús muy diestro en retórica. ¿Por qué le asignaste esos atributos?*

TM: Yo quería que Jesús hablara, que el lector tuviera la impresión de estar ante Él. Creo, ciertamente, que Jesús era un gran retórico. Me fascinan las metáforas, las parábolas. Pero no podía repetir exactamente

las palabras del Evangelio. Entonces, recurrí a San Pablo. Y también a los diálogos de Platón, porque yo no podía olvidar que ese personaje mío era mi Dios; por lo tanto, no podía hacerlo proferir afirmaciones, sino, aprovechando esa relación de alteridad y su humanidad, formular preguntas, y de aquí el uso del método socrático. Yo quería presentar un Jesús maestro en retórica porque estoy convencido de que tenía esa cualidad; porque los modelos que utilicé -Platón, San Pablo, Kafka, Kazantzakis, Saramago- son grandes retóricos; y porque creo en el poder de la retórica. Y además porque entendí que era el medio más adecuado para cuestionar al lector. La hermenéutica, por otra parte, también es un cuestionamiento históricamente condicionado.

MS: *Además de estos propósitos e influencias, sé que la historia de La Puerta de la Misericordia comenzó muchos años antes de su publicación.*

TM: Es la historia de varias coincidencias. Y una de ellas es una ironía. Este libro nació, en realidad, un 14 de octubre de 1962, cuando yo tenía quince años y un cura me regaló un libro de Giuseppe Ricciotti, *Vida de Jesucristo*. En cuanto al ejemplar físico de *La Puerta de la Misericordia*, costó mucho publicarlo,

debido a la resistencia de quien entonces era el director de la editorial y pensaba que el libro no iba a ser leído porque era muy largo. Por eso se editó en Buenos Aires. Lo recibí un 14 de octubre de 2002, cuarenta años después de aquel primer encuentro con una historia de Jesús; los cuarenta años de peregrinación de Moisés en el desierto. Era un libro prometido. El otro aspecto que me parece digno de destacar es que me basé mucho en San Juan. Sucede que las referencias a la Pasión son todo un problema: los hechos son algo diferentes en uno y otro Evangelio. Las coincidencias comienzan una vez que yo había venido a Montevideo y no podía avanzar en la escritura de la novela. Tenía que asistir a una audiencia a las siete de la tarde. Salgo a las seis de la tarde de un juzgado que queda en Soriano y Ejido, voy por el centro caminando, miro el reloj y veo que me queda tiempo para ir a la librería paulina para ver si había algún libro que me sirviera para tratar el tema de la Pascua. En la librería había una mesa con libros sobre la vida de Jesús. Comencé a mirar; ya me estaba desilusionando porque no había nada que me sirviera para ese asunto específico. En ese momento preciso, una señora le pide asesoramiento a una monja, porque quiere regalarle a la hija, que cumple 15 años –esta es la primera coincidencia–, una vida

de Jesús. Había dos opciones: el libro de Ricciotti, que es demasiado denso para una adolescente, o el de Papini, que es hermoso pero vale ante todo como ejercicio de literatura. La monja le recomienda el de Papini. Y no pude evitar la tentación de decirle: “Hermana, permítame terciar. Yo le recomendaría el libro de Ricciotti. A mí me cambió la vida cuando lo recibí, a los quince años”. Entonces, se oye una voz que proviene de detrás de mí: “Tiene razón el señor. Yo también le daría a Ricciotti”. Me doy vuelta y era el Padre Bojorge. La monja dice, de inmediato: “Se terminó el asunto, señora. Habla el mayor especialista bíblico que hay en este momento”. Bojorge se acerca a mí y me dice: “Yo te conozco, creo que te vi en televisión. Sos uno de los nuestros”. Porque los jesuitas llaman “los nuestros” a sus alumnos y ex-alumnos. Y agrega: “Estás escribiendo una novela sobre Jesús. Me interesó muchísimo que hubieras elegido a Nicodemo como narrador, tanto que pensé que habías leído un libro mío sobre él”. Pero el libro no había sido publicado; por lo tanto, pensé que era imposible que lo hubiera leído. Sin embargo, el manuscrito ya había circulado mucho entre los aficionados al tema. Bojorge, generosamente, me ofreció los apuntes, que acepté. Hablamos de las discordancias entre el Evangelio de Juan y los sinópticos

en el tema de la Pasión. “Tengo dos libros espléndidos que reconstruyen –me dice Bojorge–; no le dan la razón ni a los sinópticos ni a Juan. El juicio nocturno era absolutamente imposible según la ley mosaica.” Y me pide que lo acompañe hasta la parroquia de San Ignacio, para darme los libros. A pesar de mi apremio por volver a Tacuarembó, me voy con él. De ese modo encuentro la respuesta a mis dudas. ¿Te das cuenta? Yo no había planeado ir a la librería; él tampoco porque quería ir a buscar el libro para la misa y pensaba que a esa hora no habría llegado. Son muchas coincidencias. Dios nos habla de esa manera. Nuevamente, el tema del Dios escondido. Se esconde no sólo cuando nace, en un pesebre, sino que además muere crucificado, se esconde en una muerte infame. Aún más: durante todo el tiempo de su vida prohíbe a los discípulos que digan que es el Mesías. Y cuando resucita, las primeras personas con las que habla son mujeres, objetos de descrédito en esa época. Podría haber ido al templo, donde había una gran fiesta, y haber proclamado: “Miren, vine aquí porque he resucitado”. Y todo el mundo hubiera creído. Pero Él se sigue escondiendo. Y eso lo explicita en el episodio de Tomás: “Bienaventurados los que creen sin haber visto”.

MS: *¿Por qué elegiste a Nakdimón como narrador de La Puerta de la Misericordia?*

TM: En la escritura de la novela tuve que solucionar varios problemas. Uno era el punto de vista. Tenía que contar una historia muy conocida, sobre la que había muchos relatos, de diversa índole. Ante todo, quería escribir una novela donde detrás del hombre estuviera Dios. Pero, al mismo tiempo, para que pudiera ser leída por la sociedad contemporánea, tenía que crear líneas de fuga, para que el lector no creyente dijera: “ha contado la vida de un hombre y no de Dios”. Necesitaba, fundamentalmente, un investigador. Porque el libro es una novela policial, donde el misterio no es qué va a suceder al final, sino quién es Jesús y qué quiere. Necesitaba a Nicodemo. Por mucho tiempo pensé en los discípulos de Emaús. Pero el problema era que si elegía a Emaús, la obra sería decididamente apologética. Era preciso encontrar alguien que descreyera. Me pareció ideal la figura de un rabino, alguien que toda su vida ha seguido la ley, y de pronto se encuentra con un hombre que dice que el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado, que se contamina comiendo con paganos, que anda acompañado por mujeres. Le hablé de Nicodemo a Bogorje, y él me advirtió que ese

nombre era la versión griega del nombre arameo Nakdimón. Lo interesante es que, según la pronunciación que se le dé a la *a*, “nak” es hombre o serpiente. Ese pequeñísimo matiz que separa una palabra de la otra es lo que separa al hombre de la serpiente. Y “dimón” significa original; el hombre o la serpiente original. Es clara la referencia a Adán. En el capítulo 63 de la novela, “Nacer de nuevo y desde lo alto”, el diálogo entre Jesús y Nakdimón es, en realidad, una escena donde están presentes el viejo Adán y el nuevo Adán. El nuevo Adán dice que hay que volver a nacer. El sentido de esa escena es que cada hombre es hijo de sí mismo.

MS: *¿Cuál es la función literaria del personaje de Ananías, el hermano de Nakdimón?*

TM: Recurrí al personaje de Ananías por dos razones. En primer término, porque Nakdimón debía haber vivido ya una experiencia que lo hubiera conmovido mucho. Él y Ananías son hijos de un padre, Jefonías, que quiso darles piedad y libertad. En Nakdimón quedó la piedad; en Ananías, la libertad absoluta. Y a Nakdimón lo afecta profundamente el hecho de que muchas de las ideas que expresa Jesús, las había dicho antes Ananías, de una manera más humana y

bárbara. El personaje de Nakdimón resulta enriquecido por su contacto con el padre y con el hermano, y a través de esos vínculos me permite abarcar toda la gama, desde la sumisión a la ley hasta la incredulidad. Por eso, además, represento la ingenuidad y la adhesión total en José de Arimatea, y el rechazo en Gamaliel, el maestro de Pablo. Nakdimón está en el medio, analizando. Pero los tres, incluso Gamaliel, sienten la divinidad de Jesús. Gamaliel espera que resucite, que sus enemigos no puedan con Él. Pero pueden, y eso lo desespera. La segunda razón por la que elegí a Ananías es que me abre la puerta hacia otra lectura, desde la perspectiva de San Pablo. Cuando Pablo va a Damasco y queda ciego, Jesús aparecido lo envía a casa de Ananías, quien es el vínculo con la otra novela, la de Pablo de Tarso. Creo que un escritor puede encontrarse ante tres problemas: uno, estropear una idea por apurarla; otro, escribir una obra aplicando una buena técnica para un tema que no vale la pena; el tercero es el plagio de sí mismo. Yo no quiero que se vea la novela de San Pablo como *La Puerta de la Misericordia 2*, pero, en definitiva, es una coda. Narra una historia apasionante: cómo el cristianismo surge en la incertidumbre, cómo se va puliendo, conmovido por polémicas, y cómo

la Iglesia va evolucionando en medio de las contradicciones que hay entre Pablo y Jerusalén, entre el apóstol de los paganos y los judeocristianos. En todos estos aspectos está implícito el tema del misterio. Resulta, por un lado, del hecho de que ninguno de los grupos humanos de la Iglesia puede tener una visión muy próxima de Jesús. Ante todo, porque la relación todavía se va construyendo; hoy la Iglesia no se opone a cierto darwinismo, y de hecho ha absuelto a Galileo. Por una parte, hay una relación progresiva, pero por otra, creo que hay una verdad absoluta pero que ninguno de nosotros puede conocerla. Es en el diálogo entre las diferentes perspectivas, donde se va logrando una aproximación, en la medida en que escuchemos al otro.

MS: *Creo que con esta última pregunta vuelvo a la primera, pero desde otro punto de vista. Se relaciona con ese diálogo de múltiples perspectivas al que acabas de referirte y que, sin duda, involucra también el vínculo entre realidad y ficción. La realidad es compleja y admite varias perspectivas. La historia es una construcción que requiere miradas diferentes. Y la ficción existe gracias a esas visiones diversas. En ¡Bernabé, Bernabé!, un héroe es también un asesino; en La Puerta de la Misericordia nos presentas a un Jesús manso, seductor e irónico, un cordero-león; en La fragata de*

las máscaras *hay rostros cubiertos y desnudos. Parece que eso es una constante en tu literatura.*

TM: Así como hablé de un Dios escondido, no percibido, también pienso que hay una realidad que no percibimos sino a través de las puntas que emergen, y esas puntas son los mitos. Por eso, cuando dijiste “máscaras”, yo agregué mitos y signos. Para Nietzsche, había que sacarse la máscara. Para mí, siguiendo a Montaigne, hay que tratar de convertir la máscara en rostro verdadero. Es lo contrario de la mujer del César, que no sólo tiene que ser honesta sino parecerlo; nosotros tenemos que ser lo que queremos parecer. Lo que me gustaría transmitir de ese mundo de realidades

enmascaradas, de un Dios escondido, es la situación del misterio en la relación amorosa, la relación con lo inefable, lo indefinible. El misterio es como el trocito de arena donde hago pie, y cuando una ola me saca trato de ir hacia el misterio, aceptar a Dios como misterio, aceptar la vida como misterio, porque es la voluntad de Dios. Esa relación con el misterio es lo que me ha sido regalado para mantener la fe. Lo mío no es ambigüedad sino un canto a la complejidad del mundo, y una endecha a todos los intentos de reducir la grandeza del misterio a un sistema humano. Los pensadores sistemáticos no me gustan. La Biblia para mí es un libro de misterios. Los Evangelios nos sumen en el misterio. È